

Ensayos en Honor de Bartolomé De Las Casas

Tercer Ensayo

Las exigencias de la amistad

Por Michael Pakaluk

Traducido por José Merediz

¿Dónde comenzar?

Hemos estado reflexionando acerca de la amistad como se interpretaba en la antigüedad clásica, en contraste con la manera en que aparecen empobrecidas las relaciones en la sociedad contemporánea. Hemos hecho notar que los filósofos clásicos, como Platón y Aristóteles, consideraban la amistad como algo mucho más importante y valioso de lo que nosotros usualmente lo hacemos. También observamos que esto tenía que ver con que ellos apreciaban (como lo muestran sus pensamientos sobre las virtudes) el hecho de que existe la bondad humana. Además, examinamos las formas en que las actitudes modernas de relativismo nos empujan hacia la falta de sinceridad y de veracidad, con el resultado de que, en nuestro trato con los demás, quizá sin advertirlo, nos parecemos más al 'adulador', tan aborrecido por los antiguos, que a un verdadero amigo.

Recordemos que tenemos un objetivo práctico: no solamente tener buenos pensamientos, sino llevar una vida mejor, primero al apreciar la amistad, como lo hicieron los antiguos, y, segundo, poniendo ese concepto en práctica, de manera apropiada a las condiciones actuales. Queremos tener y ser amigos verdaderos

Como ya lo hemos dicho, para ser un amigo verdadero tenemos que evitar ser aduladores. Pero esto es apenas un pequeño paso hacia la amistad, pues ésta es muy exigente. Se ha dicho, como para establecer una referencia, que "No hay amor más grande que dar la vida por un amigo". Tomemos esta frase como la representación del verdadero ideal de la amistad. Entonces, buscar los caminos de la amistad es, en realidad desear convertirse en la clase de persona que, en las debidas circunstancias, con gusto haría tal sacrificio. Obviamente, hay un gran trecho entre evitar la adulación y sacrificar la propia vida.

Máximas engañosas

Hay dos clases de personas, dijo una vez G. K. Chesterton, las que dividen a la humanidad en dos clases y las que no. A la mente moderna, al menos al razonar sobre las relaciones humanas, le gusta dividir en dos, pero ya veremos que esta tendencia es muy poco útil en lo que respecta a la amistad.

Por ejemplo, se dice con frecuencia que debemos tratar al otro no como un medio, sino como un fin; o que debemos amar a los demás incondicionalmente; o que debemos ser altruistas, en lugar de egoístas. Pero ¿qué significa tratar a alguien como 'un medio'? He aquí una sugerencia: tratamos a otras personas como 'medios' cuando, por engaño o por la fuerza, logramos que hagan algo que de otra manera no habrían hecho, pues las 'manipulamos' o las 'controlamos'. Se podría decir que tratar cualquier cosa como un 'medio' es tratarla de una manera diferente a aquella dictada por su propia naturaleza. Si, por ejemplo, yo uso un buen piano para tocar buena música no lo uso como un simple 'medio', aunque se trate de un instrumento, porque lo uso de acuerdo con el propósito para el que fue construido y, así, lo cuido y lo respeto. Pero si me compro un buen piano solamente porque quiero impresionar a mis visitas (ya que ni soy músico ni me interesa la música), entonces lo estoy usando como un 'medio'.

Al igual que un piano, un ser humano también posee su propia naturaleza y función. Un ser humano es alguien inteligente que hace que las cosas sucedan en el mundo comprendiéndolas y que, por su libre voluntad, logra lo que considera bueno. Así pues, si engaño a alguien, lo hago actuar sin comprensión, y si lo fuerzo a hacer algo, lo hago actuar sin libre voluntad. En ambos casos lo 'uso' para obtener los resultados que yo deseo, sin respetar su naturaleza. Hasta este punto, se podría decir de mí que me preocupó más por tales resultados que por la naturaleza de esa persona y, consecuentemente, que la trato meramente como un 'medio'.

Así que la máxima 'tratar a los demás como fines y no como medios' es de utilidad limitada en nuestra búsqueda de la amistad, ya que sólo sirve para excluir el engaño y la fuerza en nuestro trato con otras personas. (Hay que notar, a propósito, que si alguien es un agresor o sirve para llevar a cabo fines criminales, entonces se justifica el uso de la fuerza de la Ley y hasta el engaño para tratarlo, pues, al volverse un agresor cometió violencia y se alejó de su propia naturaleza.)

Consideremos a continuación la máxima de que debemos amar a otros 'incondicionalmente'. Esto tampoco es muy útil porque, de hecho, no es

ni realista ni sostenible. Todo amor verdadero busca el bien de la otra persona y la reciprocidad y, hasta este punto, es condicional, si no en su intención al menos en su práctica. Por ejemplo, supongamos que una madre quiere ayudar a su hijo que lucha contra el vicio del alcohol. En verdad ella lo ama 'incondicionalmente', en el sentido de que nunca lo odiará. Sin embargo, si ella realmente lo ama, todas las expresiones concretas de su amor ciertamente serán condicionales, pues de otra manera lo perjudicaría. Por ejemplo, si ella siguiera dándole dinero aun a sabiendas de que él lo usaría para comprar bebidas ella haría las veces de la que 'lo hace posible' y lo dañaría. Así que las expresiones de su amor deben ser condicionales a que contribuyan al verdadero bien de su hijo. Adicionalmente, si ella le permitiera permanecer en la casa, aun cuando él no tuviera consideraciones con los demás y perturbara la paz hogareña, entonces ella mostraría imprudencia y egoísmo más bien que amor. La razón es que el amor razonablemente espera una respuesta justa. Si el hijo falla, aunque sea un poco, en corresponder a los esfuerzos de ella por ayudarlo, si no actúa bien y cumple con su parte, entonces el arreglo se derrumba.

O consideremos la idea de que debemos ser 'altruistas' en lugar de 'egoístas' con los demás, con base en que el verdadero amor es 'desinteresado'. Esta sugerencia no está bien orientada porque se apoya en una dicotomía falsa. Todo amor verdadero perfecciona al que ama y, por lo tanto, contribuye a su bondad o la manifiesta, justamente cuando él contribuye al bien de su amigo. Más aún, el amor verdadero nunca es 'desinteresado' o 'imparcial'; más bien aspira a la reciprocidad y a la igualdad que resulta de dicha reciprocidad. Supongamos, por ejemplo, que durante largo tiempo hago favores y doy regalos a otra persona sin que ella corresponda de la misma manera y sin tratarme como yo la trato. Eso me convierte, de hecho, en su superior. Inevitablemente, me vuelvo su 'benefactor' en lugar de su amigo. Como resultado de este trato 'desinteresado', esa persona puede volverse dependiente de mí, lo que hasta podría parecerme placentero, pues reflejaría mi propia competencia, recursos y afecto superiores. Todos sabemos que la caridad de un solo lado típicamente es detestable y destructiva.

¿Cuál sería, pues, nuestra conclusión? Que todas las máximas que se usan en la vida moderna para discernir y guiar las relaciones son insatisfactorias, ya que son de escasa importancia o falsas, si se les interpreta estrictamente. Sí, por supuesto, tenemos que evitar tratar a los demás como 'medios'. Pero, ¿qué sigue después de esto?. Decir que siempre debemos mostrarles amor 'incondicional' es mayormente falso y decir que debemos ser siempre 'altruistas' y 'desinteresados' en nuestro amor hacia ellos es la receta para la destrucción, no para el crecimiento

de la amistad. Pero es difícil sorprenderse de que una cultura que fracasa al practicar bien la amistad, proponga máximas que no sirven como soporte para la amistad.

La medida de la amistad

¿Qué medida debemos usar para nuestra amistad? Aristóteles tenía una noción de lo que llamaba la amistad 'perfecta' o 'completa' y mantenía que, en ella, cada amigo tiende a relacionarse con la otra persona como está relacionado consigo mismo. Como resultado, se vuelve apropiado decir que mi amigo es 'mi otro yo'. Analizaremos más cuidadosamente la noción de 'mi otro yo' en el cuarto y último ensayo de esta serie. Por ahora, veamos brevemente esta noción de la amistad 'perfecta' y cómo sirve de ideal de la amistad.

De acuerdo con las máximas modernas que analizamos, las relaciones son o buenas (amar a otro como un fin, incondicionalmente y desinteresadamente) o malas (tratar a otro como un medio, bajo condiciones y buscando nuestra propia ventaja). Aristóteles más bien distingue tres tipos básicos de relación, ninguno de los cuales es inherentemente malo. Cada uno es bueno en su clase, pero tienen diferentes niveles. Podríamos decir que existen grados de amistad y la falta de bondad en las relaciones humanas consiste típicamente en que quedamos satisfechos con un grado bajo de amistad, cuando deberíamos haber buscado un grado más alto. Aristóteles explicaba las diferencias en los grados de amistad de la siguiente manera. Decía que hay tres razones fundamentales por las que algo nos parece atractivo o digno de nuestra atención: podremos encontrarlo agradable, o útil, o intrínsecamente bueno. Decía también que, de manera similar, podemos encontrar atractivas a las personas por alguna de estas tres razones y que podemos formar amistades con base en cada una de ellas.

Así, por ejemplo, me gustaría asociarme con una persona porque la encuentro divertida o porque compartimos intereses relativamente superficiales, como la afición a los deportes o porque su compañía me ayuda a relajarme y a alejar los problemas de mi mente. Por supuesto, todas éstas son razones legítimas. No es malo tomarse una copa con un camarada simplemente para relajarse. Sin embargo, claramente ésta es una relación de amistad de bajo nivel. Supongamos que conozco a alguien que es muy diestro en lo manual y que lo llamo solamente cuando hay algo descompuesto en mi casa. O supongamos, igualmente, que formo una relación estrecha con una persona solamente porque voy a iniciar un negocio con ella, o le muestro respeto (que bien se merece) porque pienso que algún día puede tener influencia y podrá hacer que

mi carrera prospere. En estos casos, formo relaciones con los demás porque me pueden ser útiles de una u otra forma. Nuevamente, estas relaciones son legítimas porque no hay nada malo en que alguien obtenga algún provecho de otra persona. Pero, de nuevo, estas relaciones no son de alto grado.

Ahora imaginemos un tercer caso: notamos que en alguien hay verdaderos rasgos buenos. Su buena fisonomía es atractiva y hasta fascinante, admitimos que es superior a nosotros en ese respecto y deseamos poder llegar a parecernos a él. Cuando lo tratamos, procuramos ayudarlo, conversar con él y, simplemente, pasar el tiempo con él, disfrutando de su compañía.

Esta clase de amistad, en la que cada quién reconoce y admira los rasgos buenos del otro, sería la amistad 'perfecta', según dijo Aristóteles, y la de más alto grado. He aquí su razonamiento: sabemos que una amistad de este tipo es del más alto grado porque, en cierto sentido, contiene y, al contenerlas sobrepasa, a las otras clases de amistad. La razón es que los amigos que se aman y admiran mutuamente por su carácter, también encontrarán su compañía disfrutable, divertida y tranquilizante. Esta gente es agradable, de personalidad grata, pensativa y con buen sentido del humor. Además, los amigos que lo son con base en su buen carácter, probarán ser útiles y benéficos el uno con el otro. ¿Por qué? Porque las personas con buen carácter naturalmente tienden a ayudar a quienes los rodean y particularmente a sus amigos. Así que la amistad basada en el carácter contiene en sí misma lo que la gente busca en otras clases de amistad y representa el grado máximo de amistad. La amistad perfecta es el ideal de la amistad pues nos muestra lo que ésta puede ser.

Doy aquí una explicación sobre por qué al tratar con la gente nos queda a veces una conciencia intranquila. Un hijo llama a su papá desde la universidad solamente cuando necesita dinero; lo molesta su conciencia porque en la práctica lleva con su padre una amistad de utilidad, aunque sabe que tal amistad debería ser 'perfecta'. El esposo y la esposa rara vez tienen tiempo para conversar o para gozar mutuamente de su compañía, aunque su hogar esté floreciente y sus hijos estén muy bien; reconocen que algo está mal, pues se dan cuenta de que su amistad debería ser perfecta, pero su relación se rebaja y se vuelve una amistad útil (la que quizá, por intervalos, se convierta en amistad por placer). Un hombre se reúne con sus camaradas de la escuela una vez al mes para compartir unas copas y una ida al cine; lleva años haciendo esto y nunca toca temas importantes con ellos, aunque sabe que uno anda en malos pasos y que los hijos de otro tienen problemas; se da cuenta de

que su relación con ellos ya debería haberse convertido en una amistad 'real' o 'profunda' en lugar de seguir siendo una que se centra solamente en relajamiento y diversiones.

Hay una explicación simple sobre el por qué evitamos desarrollar amistades 'perfectas': tales amistades son muy exigentes en relación con lo que damos. Ofrecerle ayuda o dinero a un amigo o reunirse con él para tragos y ratos placenteros es darle algo de nosotros, pero aún no le damos nuestro propio yo. Podemos hacer algunos sacrificios, pero sin comprometernos. Claro que es relativamente fácil dar de nuestro dinero, pero es relativamente difícil dar de nuestro tiempo con sinceridad y entusiasmo y en la medida en que lo necesite la otra persona. En las amistades basadas en la utilidad o la satisfacción, cada amigo sigue viendo su propio bien como una medida de lo que considera bueno en la amistad. Porque la otra persona satisface mis preferencias o mi necesidad de bienestar, yo le presto atención. Por lo tanto, cuando mis preferencias o necesidades cambian, mi asociación con ella termina de inmediato, pues yo siempre la consideré buena porque entraba bien en mi vida y no porque yo quisiera entrar bien en su vida.

En las amistades 'perfectas' estas cosas funcionan de la manera opuesta. Cada amigo, desde el principio y sin restricciones, se entrega a sí mismo y, como resultado, también da cosas que le son propias, tales como sus bienes o lo que le es agradable. Más aun, cada amigo considera algunas cosas como buenas porque son, principalmente, buenas para su amigo. El bien del amigo, no el propio, se vuelve el patrón de conducta dentro de la amistad y, por eso, está dispuesto a modificar sus gustos y sus planes, de ser necesario, para ajustarlos a los de su amigo. Lo que Rut dice en la Biblia: "Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios" es una perspectiva de la amistad perfecta.

Así pues, la tarea de crecer en amistad perfecta requiere buen juicio y darse cuenta de cuándo tal amistad es necesaria o posible. También se requieren generosidad, desprendimiento de uno mismo y, fundamentalmente, la habilidad para percibir y gozar en el bien de los demás, por el bien en sí mismo.

¿Y cómo se adquieren estos rasgos? Seguramente, ahí es donde debemos comenzar si queremos desarrollar verdaderas amistades. Estoy convencido de que se adquieren en la vida familiar ya que la familia es, sin duda, la comunidad que da a las personas lo necesario para formar amistades perfectas.

Dejo todo esto a su consideración, pues defender estos puntos de vista requeriría de otra serie de ensayos.

Este es el tercer de cuatro ensayos...

Favor de hacer clic aquí para leer el: [Primer Ensayo](#); [Segundo Ensayo](#); [Cuarto Ensayo](#)

[Subscríbase a los Ensayos y Noticias de la Fundación](#)

Bibliografía:

Lewis, C.S., *The Four Loves*, (New York: Harcourt, Brace) 1960.

Pakaluk, Michael, *Other Selves: Philosophers on Friendship*, (Indianapolis: Hackett) 1991.

Pakaluk, Michael, Aristotle, *Nicomachean Ethics VIII and IX*, translation with commentary, (Oxford: Clarendon) 1998.

Biografía:

Estos cuatro ensayos fueron requeridos por la *North American Educational Initiatives Foundation, Inc.* y fueron escritos por el Dr. Michael Pakaluk, profesor asociado de filosofía en la Universidad Clark, quien obtuvo su doctorado en filosofía en la Universidad de Harvard. El Dr. Pakaluk es un escritor prolífico en varios temas, tales como: filosofía antigua, filosofía moral, filosofía de la lógica, filosofía política, e historia de la filosofía; es también el autor de dos libros: "El otro yo: Filósofos en la Amistad" (Hackett, 1991) y "La Ética a Nicómaco de Aristóteles, Libros XIII y IX" (Oxford, 1998), que han contribuido al resurgimiento del estudio filosófico acerca de la amistad. Actualmente trabaja en una introducción a la "Ética" de Aristóteles (para la Cambridge University Press) y un comentario sobre el "Fedón" de Platón. El Dr. Pakaluk es miembro fundador del *American Public Philosophy Institute (APPI)* y director del *Boston Area Colloquium in Ancient Philosophy (BACAP)*. Padre de diez hijos, el Doctor fue en Erudito Visitante en Filosofía en la Universidad de Harvard en los años 2002 y 2003.

[Subscríbase a los Ensayos y Noticias de la Fundación](#)